SOBRE LA TUMBA DE MI LLORADO AMIGO

EL JÓVEN POETA

JUAN DIAZ COVARRUBIAS.

ELEGÍA.

Llorad, hijas de México,
Jamás será bastante:
Velad en gasas fúnebres
El pálido semblante,
Y adelfas melancólicas
Envuelvan vuestra sien.
En vuestro lábio trémulo
La mística plegaria,
Venid, poned solícitas
Corona funeraria,
En el reciente túmulo
Que vuestros ojos ven.

De un bardo es ese féretro....
Cual otro tiempo, esclavo
El israelita mísero,
Así el poeta al cabo

Dejó su muda cítara
Colgada de un saúz;
Y en la alta noche huérfana
Su abandonada lira,
Al soplo de los céfiros
Tristísima suspira,
Alzando el postrer cántico
Ante su humilde cruz.

Como el errante pájaro
Que al declinar el dia
En la floresta lóbrega
Cantando se estravía,
Y en pos inquieto agítase
Del nido que perdió;
Sin luz así, en el tránsito,
Cruzó el cantor perdido
El valle de las lágrimas
Tras el nativo nido,
Y entre cipreses lúgubres
Al cabo lo encontró.

Por atraccion simpática
Buscaba en sus empeños
Su enamorado espíritu
Al ángel de sus sueños,
Cual la constante brújula
El polo vá á buscar;
Lo sigue ardiente y ávido,
Y, al estrecharlo, advierte
Que el ángel es la pálida
Figura de la muerte;
Y es hoy la tumba el tálamo
Do yacen á la par.

Del universo el páramo
Cruzaba con fatiga,
Sin fuerza ya sus músculos,
Sin una sombra amiga,
Por los abrojos ásperos
Sangrientos ya sus piés:
La ansiada sombra plácida
Buscaba en su camino
De palma que benéfica
Cubriera al peregrino,
Y se encontró de súbito
Debajo de un ciprés.

De la ecsistencia el piélago
Con tempestad cruzaba;
La furia de los ábregos
Su nave destrozaba
Entre las olas férvidas
De ardiente juventud;
Pero succede rápida
La calma á la tormenta,
Y su destino al náufrago
Sarcástico presenta
Para llegar al término,
Por lancha el ataúd.

Ardiendo el fuego místico
Volcánico en su mente,
Ansiando gloria póstuma,
Laurel para su frente,
Vencer queria indómito
Su condicion mortal;
Pero con él mostráronse
Los hados bien crüeles,

Que en vez de los poéticos
Magníficos laureles,
Las tristes ramas diéronle
Del sauce funeral.

Su vida fué la lámpara
Que apénas brilla y muere;
La osada y jóven águila
Que con su bala hiere,
En medio de la atmósfera,
Oculto cazador.
El árbol fué que elévase
En lo alto de la sierra,
Y en su violenta cólera,
El rayo arroja á tierra,
Y hasta el abismo arrástranlo
Las aguas con furor.

La parca sonriéndose
Lo sepultó en la fosa;
La humanidad laméntase
Como viuda esposa;
Las musas arrodíllanse
De su sepulcro al pié;
Pues de la muerte indómita
Contrario fué potente,
Amigo de la mísera
Humanidad doliente,
Y de las musas célicas
Feliz amante fué.

Con pecho filantrópico
Preñado de cariño,
Con voluntad enérgica
Y corazon de niño,

Con un pensar volcánico,
Con alma femenil,
Carácter tierno y tímido
Cual frágil sensitiva,
Al par que noble y sólido
Como la encina altiva,
La gloria honró su lápida
Con su inmortal buril.

En la region científica
Dejaste gran vacío:
En soledad dejándonos
Partiste, amigo mio;
Eterna cual tus méritos
Será nuestra afliccion.
Tu amado nombre espléndido,
Herencia de la historia,
Que ayer un ser llevábalo
Y hoy solo una memoria,
Mas firme que en los mármoles
Está en mi corazon.

A LA MUERTE

DE LA JOVEN ARTISTA

ALBINA BANDINI.

ELEGÍA.

¡Cómo, ¿será verdad?.... fuera muy triste:
¡Morir Albina en medio de su gloria!
Mi corazon consulto y mi memoria,
Y los dos me responden que aun existe.

Vive, pero en imágen y en recuerdo;
Se fué al Empíreo á recibir su palma;
Y, para mas tormento de mi alma,
Yo de sus gracias sin cesar me acuerdo.

¡Quién volviera á mirar aquellos ojos
Y por ellos volviera á ser mirado!
¡Quién se viera otra vez interrogado
Por aquellos fragantes lábios rojos!

Devuélvenos el bien de su presencia,
Avara eternidad! Parca homicida,
Devora en vez de su preciosa vida,
Tanta vulgar y estéril existencia!

¡Ay! ¿cómo pudo, sin temblar, la suerte
Herir tan noble y tan gentil cabeza?
¿Cómo no, al ver tan celestial belleza,
De admiracion retrocedió la muerte?

Ella, con torva faz, junto á tu lecho,
Viendo el reloj de arena, estuvo muda;
Debió sentir remordimiento y duda
Cuando apagó el latido de tu pecho.

El último suspiro ella te arranca,
Cuando tu pecho con su mano toca:
Tocó despues tu rostro, y de tu boca
La purpurina flor tornóse blanca.

Tu hermoso cuerpo recibió sin vida
En sus brazos el ángel de tu guarda;
El cielo se abre y tu llegada aguarda,
Dándote el serafin la bienvenida.

El coro de los ángeles entona
Himnos de triunfo en sus laudes de oro:
Sonríe de las vírgenes el coro
Y orna tu sien con su mejor corona.

Los ángeles que moran en la tierra
Sollozando, te dan su adios en tanto,
Y del mundo las vírgenes con llanto
Unjen la losa que tu cuerpo encierra.

Moriste por vivir para los cielos:
El sepulcro tu cuna ser debia:
Para nosotros en siniestro dia,
Dios por tí de los hombres tuvo celos.

Yo desde entonces con respeto aspiro
El vital aire, pues de tí sediento
Quiero aspirar la ráfaga de viento
Que guarda, Albina, tu postrer suspiro.

ALBINA BANDINI.

SONETO.

Era una niña la llorada Albina,
De tiernos ojos y apacible frente,
De blanda risa y corazon ardiente,
De dulce voz y boca purpurina.
Del amor el reflejo la alucina,
La gloria un panorama al par le miente,
Falso íris al amor vé de repente,
Y á la gloria fantástica neblina.
Vuelve hácia arriba entonces la mirada,
Y, á su ángel bueno, que la llama, viendo,
Busca en la tierra del Eden la entrada:
Y, que es la tumba, al cabo conociendo,
Cierra luego los ojos fatigada
Y en la tumba se duerme sonriendo.

LA GLORIA DE LAS ARTES.

Á MI AMIGO EL JUSTAMENTE ADMIRADO PINTOR MEXICANO

D. Juan Cordero.

Como gentil esposa que ufana se atavía
Por sorprender la vista del dueño de su amor,
Así, al brillar el rayo del sol del primer dia,
Graciosa engalanóse la jóven creacion.

Como, al salir del baño, la cazadora Diana
Mostrando sus encantos en todo su primor,
Bañada en el rocío de su primer mañana,
Lasciva, sonriendo la tierra apareció.

Reclínase en su lecho de voluptuosas flores;
De su beldad espejo los anchos mares son:
Las aves la celebran con cántigas de amores,
Como á la antigua dama cantaba el trovador.

Su aliento es el aliento de embalsamada brisa,
Su voz de la natura la melodiosa voz;
Su velo son las nubes, la aurora su sonrisa,
Y su mirada el brillo del deslumbrante sol.

En un desórden bello su luenga cabellera
En forma de mil bosques profusa desplegó,
De su fecundo seno brotó la primavera,
Los manantiales fueron su llanto bienhechor.

Hermosa fué natura; de su beldad copistas
Quisieron ser los hombres con noble aspiracion,
Y entonces entusiastas nacieron los artistas,
Sus gracias retratando con todo su esplendor.

Tomando por maestros las fuentes y las aves,
El instrumento dócil el músico pulsó,
Formando con sus notas cadencias mas suaves;
Que á veces al modelo venció el imitador.

Conmueve los peñascos la cítara de Orfeo,
Las fieras domestica su mágica impresion;
Las ninfas se estremecen de amor y de deseo,
Y el mundo agradecido por fin lo deificó.

Las obras reproduce de la natura hermosa,
Del hábil estatuario la audaz inspiracion;
Porque, al querer tan solo de su alma poderosa,
De mármol y de bronce criaturas engendró.

Con sus cinceles Fidias el duro marmol labra;
Le dá gentiles formas posturas, expresion:
Le falta ya tan solo la incógnita palabra,
Cuyo poder anima los seres que creó.

Entónces, mas que todos feliz en sus ensayos,
Maneja los pinceles la mano del pintor,
Robando á sol y luna sus diferentes rayos,
Al campo sus primores, al alba su arrebol.

Sublime Miguel Angel, con su pincel valiente
Al insensible lienzo dá vida, animacion,
Y, fijos en sus cuadros los ojos de la gente,
Del mundo las miradas absorbe en derredor.

Y Rafael en tanto con su pincel amante
Retrata á la celeste princesa de Sion,
Con sus cabellos rubios, su lánguido semblante,
Ternura en la sonrisa y en el mirar candor.

Y tú, Cordero insigne, que sigues las pisadas
De los ilustres génios que el arte iluminó,
De su feliz estrella no apartes las miradas,
Porqué su luz indica la cierta direccion.

Sorprenda de natura tu vista indagadora
Las recatadas gracias, que oculta con pudor,
Y en medio de las sombras harás nacer la aurora,
Y harás nacer las flores del hielo en la estacion.

La llama de la vida, del sitio donde exista,
Prosigue temerario robando como hasta hoy;
Que, al animar sus lienzos, el verdadero artista
Se siente allá en el fondo rival del mismo Dios.

A MARIA DE JESUS CAMIÑA

EN SU CUMPLEAÑOS.

¿Por qué al placer mi corazon se cierra
Cuando está el lábio de placer sediento,
Y enmedio de mi hogar, solo me siento
Cual si me hallara en estranjera tierra?

El mismo cielo azul estoy mirando
Donde, cuando era niño todavía,
Largo tiempo mi vista divertia,
Los juegos de las nubes contemplando.

Al sol miraba sobre aquella cumbre,
Ir á apagar su rayo postrimero:
Aquel opuesto monte era el primero
Que al nacer sonrosaba con su lumbre.

Allí están todas las montañas altas
A cuyo pié miré la luz del dia.....
Mas, teniéndolo todo, amiga mia,
No tengo nada, porque tú me faltas.

En la primer mitad de mi camino,
Bella cual esperanza lisongera
Para el alma infeliz que ya no espera,
Te colocó por mofa mi destino.

Dejó cruel que respirable el viento
A mi ambicioso pecho pareciese,
Solo cuando la atmósfera estuviese
Embalsamada por tu blando aliento.

Dejó que el corazon se acostumbrara
A que siempre simpático y cercano,
Otro sensible corazon hermano
Con placer ó tristeza palpitara.

Dejó que con el tiempo y tu influencia,
Te hicieras una parte de mí mismo,
Y luego entre los dos abrió el abismo
De la fatal y asoladora ausencia.

En el mas triste y áspero parage,
Quitándome tu apoyo de repente,
Quiso cruel que de tu vista ausente
Siguiera solo el comenzado viage.

¡Contemplarme tan léjos de tu lado,
Cuando hace poco junto á tí me hallaba!
¡Vivir sin escucharte, cuando estaba
A oirte y responderte acostumbrado!

Hoy aumenta mi gran melancolía
Oir en otras bocas las canciones
Que dándoles tu voz sus vibraciones
Tan dulces para mi alma las hacia.

A veces, niña, en mi ilusion te miro
Y te tiendo solícito la mano. . . . . .
Deseo inútil, que la tiendo en vano,
Y herido el corazon lanza un suspiro.

Se vuelven de mis ojos á mi seno
Las lágrimas en ellos detenidas,
Y las siento caer en mis heridas
Cual corrosivas gotas de veneno.

Cada vez que monótono y pausado
Marca una hora el reloj, pienso al instante
Que esa hora, que de tí cuento distante,
Ayer dichoso la escuché á tu lado.

Voy á los sitios donde tú estuviste,
¡Ay, desde entónces para mí tan bellos!
Pero en vano, Jesus, te busco en ellos,
Y todo allí me anuncia que partiste.

Pues las flores, que ayer frescas estaban,
Hoy marchitadas sin aroma yacen,
Porque á esas flores hoy falta les hacen
Las manos que otros tiempo las regaban.

Aves, tras el sustento apetecido
Dejad vuestra morada deliciosa;
Porque ya se ausentó la que piadosa
Os lo llevaba por su mano al nido.

Devuélveme ¡oh raudal! su imágen bella:
Ecos, volvedme su anhelado acento:
Auras, volvedme su anhelado aliento:
Vuélveme, cesped, de su pié la huella.

Así yo esclamo, solitario, en donde
Ayer, amiga, junto á mí estuviste;
Y, donde amable ayer me respondiste,
Hoy el eco tan solo me responde.

Y con el corazon ya moribundo,
Y en tí pensando, me sorprende el dia
Que te miró orgulloso, amiga mia,
Por mi bien y mi mal, venir al mundo.